

VILLA FRANCA 20 DE NOVIEMBRE.

Los jefes y oficiales del regimiento de Montesa, 1º de cazadores à caballo, se presentaron en el dia de ayer en la casa-alojamiento de su coronel D. Juan Contreras con objeto de regalarle las charreteras y entorchados que le corresponden como brigadier à que ha sido ascendido: el Sr. teniente coronel, al tiempo de hacerle la entrega en una pequeña pero elocuente manifestacion, le hizo ver los sentimientos que abrigan hacia su brigadier los oficiales del regimiento; habiéndose dignado contestar dicho señor con la amabilidad que le es característica y con la valentía de corazon que le es propia. La clase de sarjentos del espresado cuerpo le regala igualmente un juego de entorchados, cuya entrega no pudo tener efecto en el mismo dia por no hallarse concluidos. Hombres como el brigadier Contreras honran los puestos à que han sido destinados y à la nacion que los colocó en ellos.

ORENSE 19 DE NOVIEMBRE.

El dia de hoy, tan halagüeño para los buenos españoles, tan grato porque simboliza el santo de una Reina idolatrada, se celebró en Orense cual cumple à la nobleza é hidalguía de una ciudad ilustre, que tan solo por un sentimiento de gratitud pública rinde el debido homenaje à su Soberana.

Un lucidísimo besamanos en el alojamiento del comandante jeneral vestido de gran gala, al que concurrieron tambien los empleados de Hacienda y Gobernacion de brillante uniforme y todas las demas autoridades y funcionarios de la capital con traje de etiqueta, ha sido el acto grandioso con que en ella se inauguró el dia de la Reina de España.

Por la noche una jeneral y resplandeciente iluminacion, diferentes y escogidas piezas de música ejecutadas con soltura y perfeccion delante de la casa-posada del comandante jeneral y enfrente del consistorio, en la plaza mayor, por la banda del regimiento infantería de Borbon; y por fin, un baile público costeado por la oficialidad de la guarnicion, en el que, obsequiadas las bellas orensanas, las lindas gallegas, por los finos y galantes militares con profusion de esquisitos dulces y riquísimos helados, aun sobraron algunas arrobas para el público espectador, fueron el término del placer y singular contento que en los pechos españoles despierta el innato amor à sus Reyes. Hé aqui cómo Orense ha solemnizado el santo de la segunda Isabel de la antigua Iberia. (G. de M.)

Noticia histórica y descripcion de Cracovia.

El territorio de la República de Cracovia confina al Norte y al Este por el actual reino de la Polonia; al Sur por el Vístula que le separa de la Galitzia austriaca, y al Oeste por el Brenica que forma su frontera por el lado de la Prusia: así se ve que se halla enclavado entre las tres Potencias que acaban de decretar su confiscacion. La superficie de este territorio representa una estension de 76 leguas cuadradas, conteniendo una poblacion de cerca de 130,000 almas. Ademas de Cracovia, encierra otras dos ciudades, que son Mojila y Krzeszowice, y 77 aldeas.

La ciudad de Cracovia está situada à los 17 grados 36 minutos longitud oriental del meridiano de Paris, y à 50 grados 3 minutos latitud septentrional. Su poblacion, en otro tiempo muy considerable, está reducida hoy à menos de 30,000 almas. Colocada à orillas del Vístula; es decir, en la frontera del pequeño Estado de que es capital, comunica por medio de un puente con Podgorze, ciudad de la Galitzia.

La siguiente noticia histórica y la descripcion de tan desventurada ciudad estan sacadas de la interesante obra que M. X. Marmier ha publicado con el título de *Cartas sobre la Rusia, la Finlandia y la Polonia*.

Cracovia es una de las ciudades mas majestuosas y mas desgraciadas que existen. Es la cuna de una monarquia, y el sepulcro de un pueblo; la ciudad en donde se coronaban los Reyes y en donde se custodian en el sepulcro; la capital de un vasto imperio, y la impotente capital de un reducido distrito; la primera página de una época heroica, y la última línea de una desastrosa historia; el esplendor y la nada; el ideal de lo mas noble, y la realidad de lo mas triste. Hasta la misma naturaleza contribuye al efecto de estos contrastes por su delicadeza y su brillo. Viniendo de Varsovia se distingue un dilatado valle cubierto de verdura, fecundo como nuestra Turena, y sembrado de árboles frutales como nuestra Normandia. Riégale el Vístula, que serpentea à través de las mieses doradas, se aleja, vuelve, se precipita impetuosamente desde terrenos elevados, y despues se mece humildemente bajo un toldo de follajes; rio inseguro y caprichoso, ora ardiente y enfurecido como el agua del torrente, ora tan tranquilo y manso que apenas se percibe su murmullo en una palabra, es la verdadera imagen del pueblo entusiasta y bullicioso cuyo terreno baña. Cortan el horizonte las líneas azuladas de las grandes cadenas de mon-

tañas que se extienden desde el mar Negro hasta las orillas del Danubio, esos picos de granito que en otros tiempos vieron à la Polonia triunfante, y que parece la contemplan hoy con dolor en el silencio de su ruina.

En medio del estenso valle, al borde de esta onda que refleja en su cauce el brillo de un cielo risueño y puro, se elevan las flechas góticas de las iglesias de Cracovia, los muros ennegrecidos de sus murallas, las torres resquebrajadas de su castillo, obras decrépitas del hombre junto à la eterna juventud de la naturaleza. En el recinto de esta ciudad, en las campiñas que la rodean, no se halla un monumento que no esté ilustrado por un noble recuerdo, un arroyo, una colina que no traiga à la memoria una tradicion histórica ó una leyenda fabulosa. Sobre la cima escarpada del Wawel, Craco, fundador de la monarquia polaca, construyó una fortaleza, y dió su nombre à la ciudad que se estendia enderredor suyo. Cerca de la aldea de Mojila descansa la primera Reina de Polonia, la hija de Craco, la heroica Wenda, hermosa como los ánjeles, dicen las crónicas, animosa y altiva como una Valkiria.

Cracovia, fundada por Craco à fines del siglo VII, fue la residencia de los Reyes hasta principios del siglo XVII, en cuya época, Sijismundo III pasó à establecerse en Varsovia, y hasta 1764 ha conservado el privilegio de coronar à los Soberanos de Polonia.

Todo presenta en esta ciudad un imponente carácter de antigüedad; todo recuerda un nombre, una fecha, un hecho memorable. Todavía ciñe à esta ciudad de Príncipes una muralla como en el tiempo en que era el escudo de la Polonia. La mayor parte de las calles son tortuosas y sombrías como las de las ciudades de la edad media; las casas tienen la fachada principal festoneada y rematando en punta à semejanza de las de Augsburgo y Nuremberg. Aqui se descubren puertas adornadas con columnitas y sombreadas con una parrà à imitacion de las risueñas aldehuelas de las márgenes del Rhin; allí imágenes de santos con las manos puestas sobre el pecho, debajo de cincelados doseletes, como las que adornan los átrios de nuestras antiguas catedrales; mas lejos está el palacio episcopal, en el que los Reyes soliciaban el favor del pueblo, y junto la universidad la mas antigua de las comarcas esclavonas, despues de la de Praga.

Por todas partes se elevan flechas agudas y cruces doradas: existen mas de 38 iglesias en Cracovia, casi todas notables, unas por su arquitectura, y otras por sus piadosas tradiciones. La de nuestra Señora se edificó en principios del siglo XIII: contiene 30 altares de mármol, y una multitud de sepulcros históricos. La iglesia de San Pedro y San Pablo fue reedificada por Sijismundo III por el modelo de la de San Pedro de Roma; la de los dominicos, construida en 1230, posee en el coro una doble hilera de asientos de encina de admirable escultura.

Las largas vicisitudes políticas que han aflijido al pueblo de Cracovia no han estinguído en él los sentimientos relijiosos. Un domingo vi à los artesanos de la ciudad y à los habitantes del campo cubiertos con sus anchos capotones azules bordados de seda encarnada, à las mujeres con sus tocas blancas que dejan caer sobre los hombros à guisa de bandos, andar de una en otra iglesia, arrodillarse en el atrio y besar el pavimento de la nave.

Atravesaba yo un dia la plaza del mercado en ocasion en que un sacerdote iba à administrar los Santos Sacramentos à un moribundo: caminaba bajo un palio sostenido por cuatro obreros de los empleados en la iglesia; otros cuatro soldados acompañaban arma al brazo, precedido todo de un monacillo tocando una campanilla. A su eco todos los transeúntes se detenian, descubrian su cabeza y la mayor parte se arrodillaban. Seguí la procesion hasta la casa adonde se dirijia: allí los soldados se formaron à la puerta, y mas de cien personas que se hallaban presentes, con las manos juntas sobre el pecho, hincados de rodillas oraban en voz baja esperando la salida del sacerdote. Cuando se trae à la memoria todo lo que este pobre pueblo ha sufrido, sirve de dulce consuelo el pensar que aun en medio de sus padecimientos ha conservado la piedad que dulcifica las penas del corazon, que aumenta y fortifica su fe.

En el centro de la ciudad y sobre una ancha roca, desde la cual se domina à larga distancia la llanura, se eleva el antiguo castillo de los Reyes, reedificado por Casimiro el Grande, enriquecido por sus sucesores y devastado por los austriacos.

Al subir las escaleras, al recorrer las galerias del castillo, no se descubre ya ninguno de los adornos descritos antes con tanta admiracion por los viajeros del siglo XVII; pero sus gruesas murallas, sus antiguas torres presentan todavia un aspecto imponente, y los heroicos recuerdos que pueblan su recinto le imprimen un carácter augusto. Bajo las bóvedas de este castillo han pasado seis poderosas dinastías. Ha visto à uno de nuestros Príncipes sentarse en el trono de los Jajellones, y à dos damas de Francia, María de Gonzaga y María de Arquea, sostener el cetro y la corona de Polonia. Los descendientes del gran Gustavo Wasa recibieron en él las insignias de la monarquia: